

MARWAN

Los amores imparables



MARWAN

Los amores imparables

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Marwan, 2018

Autor representado por Casanovas&Lynch, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2018

Depósito legal: B. 2.176-2018

ISBN: 978-84-08-18264-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

• ÍNDICE

Me gustaría 9

El trigo de su vientre

La más bella historia	13
El amor y lo que no lo es	15
Yo no quiero que te vayas	17
Dos bocas	20
La primera vez	21
Hay algo	23
Todo lo que significa	24
Quemarse	25
Nuestras manos	25
Quiero	26
La noche era un animal	27
Solo he encontrado esta manera de explicártelo	29
Razones para quedarme (III)	29
El amor	30
Ya te estoy imaginando	31
El amor, en orden de aparición	34
Hacia su pecho	36
En una librería	37
Consideraciones con respecto a las caricias	39
En el Retiro	41
Un amor para la historia	42
Razones para quedarme (IV)	45
Cuando me besa	46
Que yo solo tengo una casa	46
Vendrás	47
No hay más preguntas	48
¿De verdad quieres saberlo?	48
Es tu boca	49
Esa otra persona	50

El libro de los amores imparables

Los amores imparables (I)	55
Primer encuentro	56
Los amores pasionales	57
No me digas que no es posible	59
El armadura	61
A punto de venirse abajo	62
Yo te hablaba	64
A medias	64
Espera al amanecer	65
Los amores imparables (II)	67
La historia de los mensajes a deshoras	68
El precio	69
Me mata	70
La dependencia	71
¿Por qué no dejas de intentarlo?	73
El consejo	73
El enamorado	74
Las mejores	76
A pesar de todo	77
En las noches de insomnio	77
Pudimos haberlo sido todo	78
El enfado	80
Los corazones están hechos de cristal	81
Los amores imparables (III)	82
La realidad	83
Todos los bares del mundo	84
Muerte y supervivencia	85
Después de ti	86
La recaída. Una historia nocturna	87
La petición	88
Las dudas	89
Los amores imparables (IV)	90
La ruptura	91
El misterio	93
Nunca pudo ser	94

¿Qué fuimos?	95
El rencor	96
La conclusión	97
Tu ex	98
Conclusión final	99

Arqueología

Nunca conozcas a un artista	103
Arqueología	106
Haz lo que hacen los hombres	107
Palabras a un poeta	108
El hombre más triste	110
¿El fin de la pasión?	112
Se cree el poeta	114
Crecer	118
La sensación	118
Nadie puede salvar a otro de su dolor	119
Certezas	121
De libros y heridas	124
Consideraciones con respecto al amor	125
El punto justo	128
Consideraciones con respecto al rencor	129
Sus ojos	131
Besarla	132
Y no es broma	133
La línea	134
Solo	135
Chantaje emocional (El manipulador)	136
El conflicto	138
Dignidad	139

El dolor de inventarme una vida sin vos

Así la quería, así la quise, de tal manera	143
Cartas mentales	145

No es culpa del tiempo	146
Plumas, alas	147
Consideraciones con respecto a la rutina	149
Nuestro amor	151
Cobardía	152
¿Qué podía darte yo?	154
El pensamiento circular	155
Lo peor	157

Collage

Las listas de ventas	161
Ley de vida	162
Mis vecinos	164
Jóvenes	165
Las palabras	166
Viejas costumbres	168
Profesor de Lengua, año 94	169
Cada día	170
Flechazo	171
Otra vez los domingos	172
Eres joven	173
Estupidez humana	174
Inconsciencia	175
La noche	176

Arte, música, literatura

Lo que me enseñó la vida	181
Apresar y soltar	181
La música	182
Librerías	184
Si vas a escribir...	185
Deuda (Carta a Ismael Serrano)	187
La obra de arte	189
Un libro	190

La insostenible figura de la desigualdad

La partida de ajedrez (Homenaje al 15-M, a la manera de Juan Bonilla en «El combate del siglo»)	195
La primera mujer presidenta	198
¿Ves eso, hijo mío?	200
Ya solo venden los poemas de amor	201
Segunda Guerra	204
Refugiados	205
1950-1967, Palestina	207
Las urnas (Texto para una jornada de reflexión)	213
Las redes sociales y la vida	214
Todos	216
Los ojos de un mendigo	217
El hilo de Twitter	218

Belleza

Palabras de Mandela	225
Profesiones	226
Me conmueve	231
Carta a un perro	233
La belleza	234
José Saramago	236
Palabras para R.	237
Etimologías	239
El deseo en la era de Instagram®	240
La vida	243
Agradecimientos	245

LA MÁS BELLA HISTORIA

Es el año 1968. Es un jueves. Es noviembre. Es Madrid. Un joven palestino, obligado a emigrar por la irrespirable situación de su país, camina perdido por la Puerta del Sol. Pregunta a varias personas que se dan por vencidas al no entender ni una sola palabra de lo que dice. No se rinde. Necesita ayuda y... bingo, la recibe en forma de mujer: una chica de Soria, bastante guapa, algo mayor que él, vestida con una falda demasiado corta para el frío reinante. Debe de ser una de las doscientas personas de todo Madrid que dominan el inglés, casi un milagro por aquella época. En no más de dos minutos ella le explica cómo ir a Malasaña con el desenfado que la caracteriza. Él, realmente agradecido, escucha y se despide con una preciosa sonrisa. Es encantador. Ella también. Lo son tanto que él, sensible por naturaleza, siente una punzada de vacío al verla marcharse y decide lo que ni tú ni yo nos atreveríamos a hacer en un país extranjero: seguirla. Necesita saber algo más sobre esa mujer. Así que, mientras nuestra muchacha enfila la calle Preciados hacia Callao, él se sitúa unos metros por detrás, siguiendo, algo confuso, la estela de su falda. Titubea nuestro joven, sin tener muy claro cómo volver a abordarla ni qué excusa esgrimir. Son los trescientos veinte metros más largos e inciertos de su corta existencia, cuatro minutos donde cabe toda una vida. Justo antes de que ella sea engullida por la boca del metro, él decide acercarse, sabedor de que es su única oportunidad. No tiene ni idea de qué decir, pero aun así actúa. Sin calentamiento de ningún tipo, le pide el teléfono. Ella, confusa también, duda unos segundos, le pregunta para qué lo quiere y de dónde es, con ese acento raro. Él responde tímido que ha venido para estudiar desde Palestina y que, al no conocer a nadie en la ciudad, le vendría bien alguien con quien charlar, que lo sacara a pasear algún día. Al tenerla delante, no se puede creer que haya sido capaz de hacer algo semejante. Le late el corazón en todo el cuerpo, suda por los nervios como cuando corría delante de los tanques israelíes allá en su tierra. La espera se le hace eterna. Madrid entero contiene la respiración tras la pregunta del chico, el cielo es un chicle azul suspendido. Ella piensa en lo extraño de la situación, pero no hay brusquedad de ningún tipo en esa propuesta, más bien al contrario. La voz del chico es suave y cálida, y ella se sonríe por dentro al sentirlo

tan inseguro. Ella, intuitiva desde siempre, de golpe percibe algo familiar, una voz interna que le dice que no tema. Es como si entre los dos se colara algo así como el destino, la eternidad o el porvenir con su barba blanca y sus sabias palabras. Por eso accede y le da su número. Se lo escribe con su hermosa caligrafía en un papel de su agenda, sintiendo una bonita mezcla de halago y vértigo, pues fue educada en una época incierta de nuestra España, en la que las mujeres tenían que andar con ojo de con quién se juntaban. No sabe si hace lo correcto, pero, de algún modo, lo presiente e ignora toda amenaza, porque el joven árabe, que sorprendentemente tiene los ojos de un llamativo color azul celeste, desprende una luz y un encanto inauditos. Se despiden sonrientes, *Hasta luego, te llamaré*. Son bellos y encantadores, demasiado puros para ser de verdad. Como os decía, en esos cuatro minutos cabe una vida, o en este caso dos: la mía y la de mi hermano, porque ese joven del que os hablo es mi padre y esa muchacha, mi madre. No podría decir el número, pero es incalculable la cantidad de veces que he pensado en esos cuatro minutos, en mi padre recién llegado de Palestina, con dieciocho, caminando tras mi madre, y en ella dándole su número, para siempre. Me sigo emocionando al revivirlo en mi imaginación, y al mismo tiempo, cada vez que viajo hasta allí siento una punzada de angustia al pensar qué hubiera sido si esa joven chica de la falda corta no le hubiera querido dar su teléfono a ese chico árabe que la siguió desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Callao, una tarde de noviembre de 1968, haciendo real la más bella historia de amor que Madrid jamás haya vivido en toda su larga y deliciosa vida.

EL AMOR Y LO QUE NO LO ES

Estoy atrapado en tu cuerpo,
en la eterna ansia que provocas,
en los ruidos de ese objeto
que se llama *cama* y se apellida *contigo*.

Porque pienso en nosotros,
derribando a la tristeza en un colchón,
y comprendo entonces
que cada movimiento de una pareja haciendo el amor
es un movimiento de la soledad hacia su casa,
un pequeño milagro que nos aleja del *tú* y del *yo*,
esas palabras que caminan separadas.

Pero no es ese el único movimiento que sucede contigo,
no es solo eso lo que nos une.

También son los fantasmas,
nuestros anteriores fracasos,
las mochilas llenas de recelo,
ese error nuestro de formar parte
de ese grupo de personas
que prefieren evitar el dolor
antes que arriesgarse a la alegría.

Eso también nos une.

Y mucho más.

Nos unen tus temores más violentos,
el daño practicado contra el otro
y el modo en que viste a tus padres hacer de sus vidas
un combate a fuego abierto
donde solo perdían los niños.

Eso también nos une,
porque no quieres perderme,
pero del amor conoces poco más que sus portazos
y, en esos recuerdos de la guerra familiar,
recreas su pasado,
no sé si como un modo de perdonarlos
—demostrando que hay errores que se repiten—
o por pura inercia destructiva.
Y en ello rompes todo,
el corazón que se aproxima,
todos los futuros que aparecen por ahí
con un poco de sol en la ventana.

Y por eso sigo,
porque veo esto en ti,
la rotura, la grieta por la que se cuele la desesperanza,
el agua sucia con que te bañaron de pequeña.
Y tu bondad tras tus trincheras
también la veo, ahí, acurrucada,
como un niño asustado en un armario.

Por eso sigo,
por eso me he empeñado en que la moneda
siga cayendo por el lado del abrazo,
para que seas consciente
de que ya no es el pasado
el que te habla desde cerca.
He seguido para mostrarte
que aquello ya fue, que, al fin,
ya hay lugar para soltarse.

Porque el amor es eso:
un columpio en el que otro
hace todo lo posible
por sujetarte.

YO NO QUIERO QUE TE VAYAS

Yo no quiero que te vayas,
pero tampoco quiero retener tu llama
para que otros nunca conozcan tu fuego,
ni mojar tu pólvora
para que no prendas junto a nadie.

No quiero eso, ni tampoco
llevarte de la mano hacia ninguna parte.

Solo te dejaría irte de aquí
para que fueras a buscarte
—si así lo necesitaras—,
porque eso significaría que a mi lado
no obtienes las respuestas que precisas.
Cortar el vuelo hacia uno mismo
a la persona a la que amas
es parecido a escribir su nombre
con el bolígrafo que certifica una condena.

No quiero perderte,
pero no te quedes junto a mí
si la fuerza que te empuja
no te impulsa a donde ya estuvimos,
si tus pies no prefieren caminar
en dirección hacia *nosotros*.

Si esto no te mueve, no lo hagas,
no vengas hacia aquí,
dime adiós y no mires atrás
y déjame que aprenda
que echar de menos no es otra cosa
que el peaje de una felicidad que ya ha partido.
Déjame solo y vacío,
sin canciones que maquillen el fracaso.

Me sentiré querido si te vas de esta manera,
si no permites que la compasión te mantenga junto a mí,
si eres capaz de arrancarme la esperanza de una vez
en lugar de rompérmela con pequeños golpes
que hagan llevadera la derrota.
Porque la derrota nunca es llevadera,
es solo un dialecto del fracaso.

Si sientes culpa, no la sueltes con una despedida a medias,
marchándote un poco el martes
y volviendo mañana,
para dejar la foto el jueves.
No me dejes como quien deja irse deshaciendo en su boca
el caramelo del remordimiento,
ni te vayas yendo lentamente,
poniendo al futuro sobre aviso.
No me entregues la soledad por fascículos, no lo dilates.
Yo quiero que asumas la culpa y la bondad que hay en ello,
desamor sin maquillaje, la verdad sin photoshop.

No te quedes junto a mí,
te lo ruego,
no lo hagas
si es así como te sientes.

Pero si no es esto lo que te aleja,
si solo es temor a que el fracaso
muerda un día nuestras noches,
si temes que sea yo quien me despida,
o si lo que te aleja de mí es,
por ejemplo,
el pasado sujetándote el vestido,
o el zumbido que rodea a los que aman
y fueron desamados,
entonces quédate
y paga al corazón lo que te exija.
Y si se acaba, da gracias al final

por el regalo que el amor
nos puso entre las manos.

Que no hay gloria mayor
que la que ofrece el amor cuando se da,
ni dolor más merecido que el que viene
cuando el dedo del adiós toca el timbre de tu casa.

DOS BOCAS

Dos bocas que se besan son dos heridas que se cierran al instante.

LA PRIMERA VEZ

La primera vez que quedamos fue en la esquina de la plaza de España, junto a una cafetería, hoy sustituida por una agencia de viajes llamada Tu vuelta al mundo. Ninguno de los dos queríamos pasar el trago de vernos sentados frente a frente, con un café, y tener que disimular la agitación interna; preferimos pasear para disfrazar el nerviosismo. Llevaba ensayando todo el día frases que decirle, que, como suele suceder, se esfumaron de mi cabeza en cuanto nos encontramos, así que tocó improvisar. Pero resultó extrañamente fácil, como a veces sucede cuando dos almas vibran en la misma frecuencia. A pesar de sus nervios, su risa invitaba a la calma, así que no hubo problema como en otras ocasiones. Poseo una peculiaridad algo extraña, quizá por mi exceso de empatía, y es que absorbo las emociones de quien tengo enfrente. Si al conversar con alguien percibo timidez o incomodidad por su parte, inmediatamente siento lo mismo, y aunque no sea tímido comienzo a serlo o aunque en un principio estuviera tranquilo cruza por mis gestos una inquietud similar. Sé que ella estaba realmente nerviosa porque me lo confesó después, pero en ningún momento lo pareció. Al contrario, emanaba calma; su cara, su espíritu eran una brisa deliciosa, así que, si antes podía tener alguna duda sobre si me enamoraría de ella, se esfumó al instante. Ella me aportaba paz inmediata; Madrid entero, de repente, era un colchón. Subimos por Gran Vía hablando de cualquier cosa. Digo cualquier cosa porque recuerdo poco de la conversación. Estaba más pendiente de los lugares a donde su risa me estaba llevando. Llegamos pronto a Times Square, nos pedimos una pizza en la esquina de la 43 con Broadway y caminamos mientras comíamos esas porciones con doble de queso y pepperoni. Los temas de conversación fluían, salían de debajo de las piedras, brotaban de las aceras de la Gran Manzana. Un taxista nos iluminó al pasar frente a su Chevrolet amarillo, como si subrayara a dos estrellas consagradas de esos mágicos teatros. Subimos cuatro calles más, hacia Bryant Park, y no tardamos en llegar a los Jardines de las Tullerías, frente al Louvre, para ver una exposición sobre historias que acaban bien. Nos gustó demasiado y me pidió que subiéramos por los Campos Elíseos. ¿Dije fluir? Fluir es poco. Debería inventarse otro verbo que expresara aquello. Esa chica flotaba, me cogía del

brazo con tal naturalidad que destrozaría todos los manuales de consejos amorosos escritos en el último siglo. No había ningún tipo de barrera ni solemnidad; me agarraba, me elevaba junto a ella y borraba al instante los nombres de las calles. Me pareció que estuvimos un rato mirando nuestro futuro desde la Torre Eiffel, pero no lo tengo claro, ya que al bajar estábamos entrando en un café de Buenos Aires donde un tipo de cuento tocaba un bandoneón. La conversación mejoraba —si es que podía mejorar—, pedimos mate y medialunas con dulce de leche. Ella mordía trozos de las mías para burlarse de mi lentitud comiendo (comprenderéis que me sentía tranquilo a su lado, pero mi estómago aún no lo sabía, iba por partes), le dimos una propina en agradecimiento al bandoneonista, que nos contestó con un perfecto acento porteño y, al salir de allí, la complicidad se vio aumentada por la imagen recordada del Coliseo. Roma se abría como el mar de Moisés para nosotros. Buscamos un banco, su cabeza en mi hombro y el medio abrazo esta vez más tierno. Yo no sé si hablaba o callaba, yo estaba de viaje, en algún lugar, no sé dónde, pero era perfecto. Nos bastó con caminar tres kilómetros de la Gran Muralla para saber que esa historia no sería un trayecto breve, que habría mucho que recorrer juntos, muchas bienvenidas de brazos abiertos como la del Cristo de Corcovado. No podíamos resistir más por las calles de Río, Copacabana se doblaba para saludarnos. El primer beso se hacía necesario, lo pedían las ruinas de Pompeya, el misterio de las pirámides, lo cantaba Leonard Cohen desde el Parnaso, lo anunciaba el calendario maya esculpido por los ancestros en la península del Yucatán. Todos parecían saberlo menos nosotros, aunque en el aire ya se podía percibir el aroma inconfundible del futuro rindiéndose ante ella. El corazón latía rápido, nos faltaba el aire, era la primera escalada sin oxígeno al Everest, pero no fue en Nepal donde llegó el beso que trajo la paz definitiva a nuestras ganas. No fue allí. Fue en Jerusalén, dónde si no. Allí llegó la paz. El resto no es lugar para contarlo. Y esto solo fue la primera vez que la vi, no quería ni imaginar cómo sería el resto de nuestras vidas.

HAY ALGO

Hay algo. En tu forma de apagar las luces para besarme,
en la línea de tus caderas cuando me acoges,
en la estela que vas dejando sobre mi vientre.

Hay algo. Un idioma sin palabras que nos dibuja,
un rumor de niños que nos celebran,
un verano y medio entre nosotros.

Hay algo. En tu nuca, en tu risa esparcida sobre mi cuerpo,
en tu forma de agarrarme sin espinas,
de decirme *Vente, hay fiesta.*

Hay algo. Y mientras lo siga habiendo
no caerán estatuas de tristeza sobre mi vida.
Solo luz encadenándome al destino,
solo ruido de cadenas al romperse,
solo muros con paisajes, tardes con ventanas,
animales liberados,
solo eso, nada más que eso,
solo felicidad entrando como un obús
por la escuadra de mi vida.

TODO LO QUE SIGNIFICA

Lanzar la ropa por los aires como quien pierde los papeles de la cordura,
componer la sinfonía del sudor sobre la partitura de una cama,
firmar la obra maestra de la carne.

Colgar de la ventana el cartel de *No admitimos malos sueños*,
desprecintar la botella de la alegría
que esperaba a ser llamada por nuestras bocas,
ir subiendo con caricias el puerto del orgasmo finalmente coronado.

Bajarnos el uno al otro en canoa,
lanzarme sin cordaje hasta tu sexo,
palacio de saliva, fluido de la felicidad.

Conocer ya solo el verbo *desvestirse*,
entender que el deseo es la raíz gramatical del placer
y nosotros —al correrlos abrazados—, una sucursal de la felicidad.

En resumen,
todo lo que supone encontrarnos sin ropa frente a frente,
todo lo que significa hacer el amor contigo.



QUEMARSE

Quemarse es otra cosa si se trata de su fuego.

NUESTRAS MANOS

Es saber que entre tanta chimenea,
entre tanta confusión,
en medio de la marcha brutal del mundo,
nuestras manos se comprenden.

QUIERO

Quiero tenernos constantemente,
ser un solo cuerpo indivisible
con mis ganas y tu boca,
con mis dedos en tu incendio,
con nosotros por delante,
ser una marca registrada
y donar nuestra ternura
por si falta en otras camas,
por si piden los amantes.

Quiero ir sembrando las caricias por tu espalda,
regarlas luego con saliva y hacer cosecha cada martes,
cuando vuelvas medio muerta del trabajo
y no quede esperanza en las noticias.

Eso quiero,
la banda sonora de tu boca,
maltratar a la tristeza en una cama,
decirte
 que no eres solo tú,
que desde que vivimos juntos
la felicidad también comparte conmigo el alquiler.

LA NOCHE ERA UN ANIMAL

La noche era un animal fuera de una jaula,
podía destrozarnos en cualquier momento
con una avalancha de nostalgia,
podía clavarnos sus dientes
sobre la frágil pared del corazón,
tal y como suele suceder de madrugada,
cuando el dolor tira los dados.

Pero no fue así.

La noche se abrió paso entre nosotros como una tregua
cuando, sonriendo desde el otro lado de la barra,
a mi enésimo guiño de la noche,
me dejaste esa nota escrita,
ese billete de ida al paraíso:

No puedo hablar ahora.

El jefe nos vigila.

Salgo a las 6, si me esperas

y me invitas a desayunar,

te invito yo a lo que surja.

Y surgió todo

y conocí la dirección desde donde manda postales la felicidad,
que está en una buhardilla de Malasaña
donde un ángel —tú— se quitó el plumaje
para devolverme la felicidad que en otra piel había entregado
y jamás me había sido devuelta.

Y para mi asombro no me diste una mañana,
sino el futuro entero, bien envuelto para regalo,
para usarlo el resto de los días de mi vida.

Ahí entre las mantas me lo explicaste:

Dos cuerpos y ganas de comprenderse.

No hace falta más, solo eso.

El resto, tonterías.

Esa es la receta de la felicidad.

Y yo no sé si es del todo cierto o no,
porque nunca antes la había sentido de tal manera,
pero me temo que todo lo que surgió a partir de ahí
o es la felicidad o se le parece demasiado.

